

## LOS CUATRO:

### AQUÍ ESTÁ DON EMILIO

SEGÚN el reportero que lo entrevistó acerca de la sucesión presidencial, don Emilio "se mostró muy cauteloso", tanto, que afirmó rotundamente: "yo soy la esfinge". Para apoyar más su determinación de guardar silencio, recordó que en 1936 había ofrecido que no ocuparía nunca más un puesto público, y que había cumplido con celosa fidelidad su promesa.

AQUÍ hay una pequeña confusión, que conviene aclarar. No es incompatible estar fuera del gobierno y opinar sobre política. Antes bien, alguien diría que lo que realmente apetece el público es conocer las opiniones de la gente ajena al gobierno, entre otras razones porque se sabe de memoria las estrictamente oficiales. Añádase que don Emilio hizo política desde muy joven, que la practicó lo mismo en el escenario local que en el nacional, igual en el parlamento que en la administración. En fin, su mismo alejamiento le daría a sus juicios una perspectiva y un desinterés envidiables.

TAN ÉSA es la situación, que don Emilio se contradujo en seguida (como suele ocurrirle a las esfinges), pues acabó por decir que el hecho de haber aceptado el puesto de presidente de la Comisión Nacional de Seguros no le ha impedido "escribir y publicar mis opiniones sobre cuestiones de toda índole". ¿Por qué, entonces,

las que dio sobre la sucesión presidencial resultan tan convencionales? ¿Por qué se parecen tanto a la que expresaría, digamos, el jefe priísta del sector juvenil del décimo tercer distrito del estado de Tlaxcala?

Dijo don Emilio, por ejemplo, que es deber de los expresidentes "disciplinarnos a la resolución que en su oportunidad tome el Partido". Ese es el deber no de personas tan encumbradas como los expresidentes, sino de los 15.680,000 de ciudadanos mexicanos que somos miembros del PRI, pues, en efecto, sin un mínimo de disciplina es imposible la existencia de un partido político y menos su fortalecimiento.

Un pequeño punto pasó inadvertido don Emilio, sin embargo: ¿cuándo, en qué momento ha de aplicarse esa disciplina? Porque en Estados Unidos vimos recientemente el espectáculo de tres miembros del Partido Republicano, Nixon, Rockefeller y Reagan, luchar no ya abierta, sino ferozmente uno contra el otro; asimismo, vióse a Kennedy, McCarthy y Humphreys hacerlo dentro del Partido Demócrata. Celebradas las convenciones nacionales de esos dos partidos, y habiendo elegido el Republicano a Nixon y el Demócrata a Humphreys, los miembros de uno y otro partido se "disciplinaron" y trabajaron por el candidato escogido mayoritariamente en cada convención.

TODOS los mexicanos sabemos que hay por lo menos cuatro señores que aspiran ardientemente a la sucesión presidencial. ¿Por qué, entonces, no lo dicen? ¿Por qué, a la inversa, juegan tan sólo a la ocultación, al disimulo, al engaño, en suma?

La pregunta, mi querido y respetado don Emilio, se impone: ¿es posible, es justo, que los mexicanos nos "disciplinemos" a

una decisión en la que no hemos tomado, ni tomaremos, participio alguno? La pregunta es tanto más punzante cuanto que usted, con excesivo entusiasmo, declara que el Presidente es "el símbolo más grande de la Patria". Pues bien, si se reclama de todos los mexicanos que veneremos ese "símbolo", quisiéramos poner nuestro granito de arena en su fabricación, pues es obvio que si no hay granito, tampoco habrá veneración.

EL RETRATO Hablado causa un verdadero sobresalto, pues don Emilio le exige a los candidatos todo esto: revolucionarismo a toda prueba, honestidad, experiencia, capacidad y ecuanimidad. Como aun el más conspicuo de los aspirantes conocidos llenaría apenas una o dos de esas exigencias, surge el temor de si México no se quedará sin Presidente en 1970. Pero no: el alma vuelve al cuerpo, ya que don Emilio añade en seguida que "en el régimen prestan sus servicios muchas gentes que están dentro de esas cualidades, y todas ellas muy destacadas".

Podemos, pues, dormir tranquilos, que el águila o sol arreglará todo.

COMPARANDO las reflexiones de nuestros cuatro expresidentes sobre la sucesión, se advierte una diferencia significativa. Las de don Adolfo, don Miguel y don Emilio, son ciento veinte por ciento convencionales, o, si se quiere, ortodoxas; las de mi General, ligera pero perceptiblemente heterodoxas. En su discurso tapatío, efectivamente, mi General excitó a los estudiantes a organizarse para actuar en política, incluso para presentarse a las elecciones de diputados y senadores, con la esperanza --dijo-- de que gente joven, no viciada, represente y defienda de verdad los in-

tereses populares de sus respectivos distritos o estados. Esto, sin decirlo, quiere decir que no todo anda bien en el Institucional ni en la vida política general del país, o sea que el Partido no siempre escoge bien a sus candidatos, y, peor todavía, que no los vigila y menos los sanciona en caso de fallar.

Independientemente de quién tenga la razón, ¿cuál de los cuatro está jugando la mejor carta política? ¿Quién ganará el mejor puesto en la Historia? Si se piensa en el presente y en el futuro muy próximo, los tres primeros; pero de aquí, digamos, a seis años, será mi General quien recoja las apuestas del tapete verde.